

mosos PP. Salvatierra, Kino, Ugarte y demás apóstoles de esa península, quedan referidos en su lugar; lo mismo que lo ocurrido cuando la expulsión en 1767. Por tradición se sabe, que el P. Durcrué, habiendo llegado á España, quedó arrestado en el convento de S. Francisco de Cádiz, y no pasó á Italia con los demás Jesuitas, en razón á su calidad de extranjero, por lo que no se le asignó ninguna pensión, á pesar de los servicios prestados á la corona española. Se ignora cuando y por influjo de quien salió del arresto, y solo en una obra inédita del P. Hervas y Panduro hemos visto que murió en la ciudad expresada á 30 de Marzo, dejando buen nombre por su saber y sus virtudes.

Para las letras fué un golpe muy sensible, por este mismo tiempo la muerte del P. Diego José Abad: nació en una hacienda de labor cerca del pueblo de Jiquilpan á 1º de Junio de 1727. Instruido allí en las primeras letras y en la latinidad por maestros particulares, pasó á México y estudió filosofía en el Colegio de S. Ildefonso. En 24 de Julio de 1741 tomó la sotana de la Compañía, y hechos con grande aprovechamiento sus estudios, según el uso de la Provincia, enseñó en México y en el Colegio de Zacatecas, retórica, filosofía y ambos derechos: la lectura de los clásicos latinos y españoles formó el buen gusto literario, que se reconoce en todas sus obras: antes de los cuarenta años perdió la salud, y viendo que para recobrarla le era eficaz la asistencia de varios médicos, se dedicó con todo empeño al estudio de la medicina por los autores más escogidos, y á su instrucción en esa ciencia debió haber prolongado su vida. Siendo rector del Colegio de Querétaro, le fué intimado el decreto de expulsión, y habiendo llegado á Italia, se le señaló, en atención á su delicada salud, la ciudad de Ferrara por residencia. Como antes de la salida de su patria había escrito varios opúsculos teológicos, en la quietud de su destierro compuso su famoso poema latino, titulado *Heroica de Deo carmina*, cuyos apuntes ya traía formados, y que después completó hasta el número de veintinueve cantos. Esta obra se publicó en Madrid en 1769 por otro mexicano, el Dr. Gamarra, bajo el título *Musa Americana*, aunque sin noticia del autor, que posteriormente en 1773 se dedicó á limarla y corregirla aumentándola hasta treinta y tres cantos, que fueron impresos en Venecia en el mismo año, aunque callando su nombre. Extranjeros muy sábios, como el alemán Juan Lami, y los italianos Cardenal Zanotti y Clemente Vanueti, y los célebres Jesuitas españoles Serrano, Lampillas y Hervas, hicieron grandes elogios de este escrito, llamándolo el último, obra egregia, inmortal y digna del siglo de Augusto. “No contento todavía, dice un biógrafo, ni envejecido el P. Abad con las alabanzas de que se había hecho digno, corrigió nuevamente su poema, y con el aumento de otros cinco cantos lo reimprimió en Ferrara en

1775. Finalmente, en Bolonia, á donde pasó á buscar un temperamento más favorable á su salud, concluyó la idea que se había propuesto de presentar al público una suma completa de los misterios de la religion, cantados digna y heroicamente en cuarenta y tres cantos latinos. Esta nueva edición del poema de Abad se hizo en Cesena en 1780. Algunos meses antes había fallecido ya su ilustre autor, en suelo extranjero, pero rodeado en sus últimos momentos de los Jesuitas sus compatriotas, y de otros literatos que lamentaron su muerte [acaecida el 30 de Septiembre de 1779], y adornaron su sepulcro con bellas inscripciones. El P. Abad, muriendo desterrado, tuvo á lo ménos el consuelo de haber dejado un nombre ilustre entre los literatos de su siglo, de haber honrado á su país, presentando á la Europa sus escritos como una prueba de la cultura é ilustración de México.”

Entre varios hermanos que abrazaron el Instituto de San Ignacio, se cuentan los PP. Vicente, Pedro y José Rothea, los tres de mucha virtud y letras y por lo mismo muy apreciados de todos los Jesuitas. Sobre todo el P. Pedro del que vamos á hablar se hizo distinguir por un carácter no muy comun entre los hombres, y fué la igualdad de génio en las diversas circunstancias de su vida, desde su niñez hasta su edificante muerte, circunstancia que hizo notar su biógrafo. El P. Pedro Rothea nació en Chalco, á 5 de Mayo de 1721, y fué hijo de D. Blas, hombre de escasa fortuna, pero muy benemérito de la república por la buena educación que supo dar á sus numerosos hijos, que todos fueron muy útiles á la sociedad, y á los que verdaderamente alimentó con el sudor de su rostro. Teniendo que partir de México cuando nuestro Pedro cursaba las cátedras de gramática en San Ildefonso, por influjo de su maestro fué colocado en el Colegio de San Andrés, donde se acostumbraba mantener á un jóven estudiante secular, especialmente para que leyese diariamente en el refectorio á la comunidad. Allí se inspiró del espíritu de la Compañía; de manera que puede decirse que casi desde su puericia fué un completo Jesuita, á lo que ayudó mucho la sabia dirección del P. Pedro Ugarte, hermano del célebre misionero de la California, en seguida se le dió un lugar de gracia en San Ildefonso, y de allí se trasladó al noviciado de Teptzotlan, donde tomó la sotana á 30 de Enero de 1740, perfeccionando sus virtudes religiosas el P. José Genovesi, de que se ha hablado en otro lugar. Hechos sus votos y estudiado teología en el Colegio Máximo fué mandado á enseñar gramática al de Celaya, y ordenado ya de sacerdote, al de la Habana á servir la misma cátedra, retórica, poesía y bellas letras, continuando después la enseñanza de filosofía y teología, habiendo formado en los quince años de su profesorado discípulos muy aprovechados, que fueron honor no ménos del sacerdo-



cio que de las demás clases sociales: en esa ciudad además de lo que trabajó en la instrucción de la juventud, se dedicó á los ministerios de confesonario y púlpito como el más fervoroso operario, haciéndose muy recomendable por los servicios que prestó á la población cuando el bloqueo y ocupación de la Isla por los ingleses, así como por su caridad y celo en la conversión de los negros esclavos, especialmente los que servían á la finca de campo del Colegio, con quienes se esmeró mucho en la asistencia de sus enfermedades, cuidados por su instrucción religiosa y por suavizar la desgraciada suerte de esos miserables en aquella época: puede decirse proporcionalmente que fué otro B. Pedro Claver en la Habana. En 1766, por el mes de Mayo fué mandado de rector de la Universidad de Mérida, á cargo enteramente de los Jesuitas; y en el nuevo empleo dió á conocer no menos su literatura, virtud y don de gobierno, que en los quince años anteriores. Cuando se publicó el decreto de expulsión, estaba en esa última ciudad y de allí caminó al destierro con sus demás hermanos, participando de los trabajos de todos ellos: en Bolonia, enseñó teología á los jóvenes Jesuitas en Castel S. Pedro, y á principios de 1713 fué nombrado superior de la misma casa, donde se le notificó el Breve de extinción, regresando á Bolonia ya en clase de clérigo secular, y allí permaneció otros quince años, siempre en tanta diversidad de cosas conservando su natural serenidad; pues como dice un biógrafo, "tenia el mismo semblante desterrado que cuando fué maestro y rector de la Universidad; el mismo en los desprecios que en los honores; el mismo en fin entre los habitantes de Italia que entre los mexicanos." En su muerte manifestó la misma igualdad de carácter, constante, religioso, de admirable fortaleza y piedad hasta los últimos suspiros, sin manifestar más deseo de prolongar su vida, que de sufrir la muerte: así falleció el 23 de Enero de 1780, con sentimiento de todos sus hermanos. Sus venerables cenizas descansan en Bolonia en el templo de Sta. Lucía, perteneciente en otro tiempo á los Jesuitas.

El anciano y venerable P. Pedro Cesati siguió muy pronto al anterior, y aunque mientras vivió en Italia, casi siempre estuvo encerrado en su casa; en su muerte y entierro recibió aquellos honores que solo se tributan á los que han logrado grande opinión de santidad: nació dicho Padre en el pueblo de Jaltenango del departamento de Jalisco el 20 de Enero de 1696, y su familia perteneció á una noble casa de Milan. Entró al noviciado de la Compañía en 3 de Mayo de 1711, á los quince años de edad: hechos sus votos religiosos y concluidos con aprovechamiento sus estudios, enseñó gramática y filosofía en Guatemala, y despues teología en Puebla, en cuya ciudad, ordenado ya de sacerdote se dedicó al confesonario, haciéndose célebre por la elocuencia sólida, erudita y casi natural

con que brillaba en el púlpito. Allí mismo, por espacio de diez años fué maestro de la tercera probación de los Jesuitas, con tanto tino y prudencia, que los que estuvieron bajo de su dirección, áun mucho tiempo despues del extrañamiento, recordaban con placer haber logrado un superior tan espiritual, tan sábio y tan perfectamente formado al espíritu de la Compañía. En la época de la expulsión en que tocaba ya los setenta y dos años de su edad, fué el primer Jesuita de los mexicanos que llegó á Roma con la noticia, segun se ha dicho en otro lugar. Permaneció en esa ciudad, con grande utilidad de la Provincia, pues así el P. General como los demás habitantes de la metrópoli del catolicismo, en vista de las virtudes y letras del respetable anciano, se formaron el más elevado concepto de los Jesuitas de México, admirando en él una perfecta copia del Instituto de San Ignacio, hasta que sabiendo la llegada de los demás Padres á Bolonia, partió sin detención á reunirse con ellos. Recibiéronle todos con el aprecio que merecía su persona, y parte en esta última ciudad y parte en el inmediato Castel de San Pedro, sobrevivió todavía por diez años, entregado enteramente á la oración y lectura de libros piadosos: los últimos meses de su vida, postrado constantemente en la cama, fué un ejemplar admirable de fortaleza cristiana, porque además de la tranquila piedad con que llegaba á mirar la muerte, de la que hablaba como del término de la mortal peregrinación; llagado enteramente de un lado, por la postura del cuerpo, y sufriendo intensos dolores con una paciencia heroica, jamás manifestó los padecimientos que lo atormentaban. En fin el 25 de Febrero de 1780 tocando ya á la edad de ochenta y cinco años, recibidos los Santos Sacramentos, cual si se entregara á un dulcísimo sueño, dió el alma á su Criador en el Castel de San Pedro: fué sepultado en la Iglesia de los religiosos de San Francisco con las demostraciones de veneración como dijimos arriba.

Al año siguiente falleció el P. Salvador Dávila, de grande reputación en la Provincia: nació en la ciudad de Guadalajara á 15 de Marzo de 1727, y dedicado al estudio hizo tan rápidos adelantos en la latinidad y filosofía, que casi rivalizaba en esos ramos con su discípulo y paisano el Dr. D. Antonio López Portillo; á quien en otra parte hemos mencionado como uno de los timbres más honoríficos de nuestra patria y de la Compañía de Jesús, en cuyas escuelas recibió su educación. En 19 de Junio de 1745, y á los diez y ocho años de su edad, tomó la sotana de Jesuita, y desde el noviciado se hizo notar por la práctica de las virtudes, la dulzura de su trato y la bondad de su carácter, así como por su talento y sus felices disposiciones para la poesía y otros ramos de bella literatura.



ra. Repasando en Puebla la filosofía, de la que sostuvo acto público, se advirtió su dedicación á los modernos autores, Descartes, Leibnitz, Newton y otros, que con el tiempo llegó á ser su ocupación favorita: se instruyó después en la historia antigua y moderna, geografía, geometría y conocimientos astronómicos, y con ese objeto aprendió el idioma francés haciendo en esos estudios tantos progresos, que desde luego se comprendió que había nacido para la reforma de la enseñanza; lo que se echó de ver en los colegios de Puebla y México en los que enseñó filosofía, estudiando él al mismo tiempo teología y derecho canónico. Ordenado de sacerdote fué maestro de humanidades en el juniorado de Tepotzotlan, y dos años después destinado á la Casa Profesa, cuyos ministerios han quedado ya referidos. Por ese tiempo llegó á México de Virey, D. Joaquín de Monserrat, Marqués de Cruillas, muy afecto á la Compañía, quien solicitó del P. Provincial le diese un Jesuita de toda su satisfacción para que sirviese de ayo á sus hijos que eran dos hombres y una mujer. La elección recayó en el P. Salvador, quien supo desempeñar tan perfectamente aquella honorífica comisión, que formó de los tres niños tres personas de importancia tanto en lo religioso como en lo literario y civil, de suerte que en su mayor edad fueron el honor de su familia: sobre todo la niña, se penetró tanto de los principios católicos, que habiendo pasado, casada ya con el Marqués de Almodovar, á la ciudad de Londres, á la que fué de embajador, no tenía embarazo en tomar la defensa del catolicismo siempre que se movía esa cuestión entre las señoras inglesas, á las cuales si no convertía enteramente, las dejaba cuando ménos enmudecidas y sin tener qué contestar en apoyo de sus errores. La conducta del P. Dávila fué verdaderamente edificante y digna de un Jesuita: por más diligencias que se hicieron no se le pudo reducir á vivir en palacio ni á concurrir á ninguna de las funciones ó convites que allí se hacían, sino que diariamente por mañana y tarde iba á dar lección á sus discípulos, retirándose en seguida á su morada. "Poco tardó, dice su biógrafo en granjearse la estimación del Virey y de su esposa, que le cobraron cariño, conocieron su mérito y quisieron tratarlo con intimidad dándole á cada paso testimonios de aprecio. El favor de que gozó con ellos fué tan grande, que si hubiera querido ponerlo á prueba, habría sacado mucho partido; pero á pesar de que los negocios de la Compañía presentaban entonces un aspecto poco satisfactorio, de que los fondos de la Profesa eran escasos, de que tenía parientes necesitados, y de que continuamente lo ocupaban los pretendientes que sabían el influjo que ejercía sobre el Virey, nunca quiso importunarlos con peticiones de ninguna clase. Conocía el peligro de mezclarse en los negocios públicos; no ignoraba que la envidia se ceba en los favoritos de los

poderosos; comprendía que se hace molesto el amigo que continuamente está solicitando gracias: repugnaba á su carácter desinteresado pretenderlas; y por todas estas razones no hacía uso de la distinción y preferencia con que se le trataba, y desperdiciaba la ocasión de medrar, que tantos otros hubieran aprovechado en bien propio y en el de sus parientes y amigos." En esto no hizo otra cosa que observar lo que para semejantes casos previene el Instituto. Su asistencia á palacio no lo apartó del desempeño de los ministerios sacerdotales: era muy dedicado al confesonario y al púlpito y entre sus oraciones más notables fué la que pronunció en la Profesa en 1765, en la función anual establecida por el Rey, que allí se hacía, en sufragio de los militares españoles difuntos. Después de la vuelta del marqués de Cruillas á España fué rector del Colegio de San Ignacio de Puebla, donde se le intimó el decreto de expulsión, quedando detenido en un convento mientras rendía sus cuentas; y á los once meses caminó para Cádiz, aprovechando, como consuelo de su espíritu, el tiempo de la navegación en instruirse en la náutica de cuya ciencia hablaba después con mucha propiedad. En Italia, fué primero rector de una de las casas de Bolonia y cuando la extinción habitaba la décima de ellas con varios notables Jesuitas, entre otros el P. Alegre. En esa ciudad, antes y después del Breve, siempre se ocupó en el estudio, llegando á ser uno de los mejores literatos de la Provincia, especialmente en las ciencias físicas y matemáticas, que enseñaba á muchos de sus jóvenes hermanos, con bastante aprovechamiento, como se vió en el P. Márquez, de quien á su tiempo hablaremos, que parece haber sido uno de ellos. Así pasó, observando una conducta irreprochable en punto á virtud y buenas costumbres por algunos años, cuando atacado de una fiebre, de que se había contagiado asistiendo al dueño de la pobre casa en que vivía, murió en 11 de Enero de 1781, antes de cumplir cincuenta y cuatro años. Su fallecimiento fué sobre manera sentido, sus exequias solemnes. Su cuerpo descansa en la Iglesia de Bolonia de los Santos Cosme y Damian.

En el mismo año falleció el P. José Antonio Hidalgo y Frias: nació en Querétaro á 13 de Abril de 1734: sus primeros estudios de gramática, retórica y filosofía los hizo con grande aprovechamiento en el Colegio de su patria nombrado de S. Francisco Javier, que dirijian los Jesuitas, y él fué quien en 1759, estrenó en un acto lucidísimo de todo un día, el bellissimo general que para estas funciones literarias se había hecho en el Colegio de S. Ignacio, que estaba reunido al anterior: en México estudió en el de S. Ildefonso, teología y cánones, en cuyas ciencias sostuvo tambien acto público muy brillante en 1761, y recibió el grado de Doctor en la Universidad tan satisfactoriamente, que fué apellidado por todos un completo



teojurista. Ordenado de sacerdote tomó la sotana de la Compañía el 10 de Febrero de 1762, y dos años despues fué al Colegio de Durango á enseñar filosofía, teología moral, hasta la expulsion y saliendo desterrado á Italia. Allí residió, primero en Ferrara y luego en Bolonia, hasta el año de 1781, en que murió á 8 de Mayo, de solo cuarenta y siete años de edad, á resultas de una larga y penosa enfermedad, ocasionada no ménos por el profundo pesar de haber visto abolida su órden, á la que tiernamente amaba, que por la tristeza de estar ausente de su pátria. Fué sepultado en la parroquia de S. Pablo, de la misma ciudad, con la mayor pompa posible y con universal sentimiento así de los extraños como de sus paisanos, compañeros de su desgracia. Y con razon, porque como escribe el autor de las *Glorias de Querétaro*: “todos los que lo conocieron sintieron mucho su muerte, principalmente algunos Padres sus hermanos, con quienes partía siempre los socoros que de este reino le mandaban anualmente sus deudos y parientes. Su grande entendimiento, su vasta literatura, su caridad suma, su humildad profunda, su paciencia inalterable, su pureza incontaminada, su amabilidad extraordinaria y otras muchas y singulares prendas que lo adornaban, lo hicieron siempre digno del mayor aprecio y estimacion entre los que tuvieron la fortuna de conocerlo y tratarlo.”

El P. José Melendez, descendiente por parte de padre de los conquistadores de la Florida, que obtuvieron título de *Adelantados* por el Rey de España; por la parte de la madre descendia del célebre senador de Tlaxcala Magiscatzin, nació en Puebla á 21 de Enero de 1727, y despues de una inocente puericia, vistió la sotana de Jesuita á 2 de Marzo de 1743, habiendo estudiado antes gramática y filosofía: apenas salido del noviciado enseñó gramática en S. Ildefonso, y desde entonces se notó su grande aptitud para dirigir la enseñanza pública y su suma prudencia para el gobierno. En el Colegio de Oaxaca, despues de ordenado de sacerdote, enseñó teología, en cuyo oficio solo duró un año, pues habiendo enfermado gravemente del estómago, fué preciso mandarlo á su pátria, donde se le encargó el de Ministro del Colegio de S. Ildefonso, y allí desplegó toda su bella disposicion para el gobierno. Por nueve años enteros desempeñó ese cargo, y recobrado algo de su salud, pasó de rector al Colegio de Pátzcuaro, y allí estaba cuando ocurrió el terrible incendio que hubo en esa casa á media noche, en cuya ocasion los habitantes de esa poblacion manifestaron su grande amor á los Jesuitas, salvando sus vidas y hasta los más pequeños muebles, con un empeño que no se ha visto igual en semejantes casos. En esa ciudad le fué intimado el decreto de extrañamiento, y en otra parte queda referida la prudencia con que se manejó en esa ocasion para obedecer las órdenes reales, pues las circunstancias para la salida de los Jesuitas de ese lu-

gar, eran tan críticas, que sin esa prudencia tal vez se hubiera comprometido la tranquilidad pública en toda la América. En su viaje á Italia llamó tanto la atencion de los marineros, la santidad de sus costumbres y la serenidad de su rostro en medio de tantas calamidades, que no se le daba otro nombre que el de S. Antonio. En Bolonia, primero fué ministro de la casa de estudios, con grande afan por la juventud jesuítica, pues sin perdonar sacrificios, los asistia con tal empeño, que casi nada tenian que extrañar en el destierro de lo que habian disfrutado en tiempos más tranquilos. Posteriormente se le encomendó la asistencia del hospital fundado en Bolonia para asistir á los Jesuitas enfermos y ancianos, y allí manifestó toda su caridad en la curacion de unos y consuelo de todos, cual si toda su vida solo se hubiera ocupado en ese ministerio. Aun despues de la supresion, continuó en aquel caritativo oficio, interrumpido únicamente por algunos meses, que por consejo de los médicos pasó en Roma, como remedio de la enfermedad de estómago que por tantos años habia padecido. Vuelto á Bolonia, sin ningun alivio, exasperados sus antiguos males con una nueva afeccion pulmonar que lo redujo al más lamentable estado de consuncion, murió tranquilamente dando los más ilustres ejemplos de paciencia y conformidad cristiana, el 18 de Agosto de 1781, á los cincuenta y cinco de edad. Su cuerpo fué sepultado en la parroquia de S. Lorenzo de la misma ciudad, entre las lágrimas de todos los mexicanos que asistieron á aquella fúnebre pompa.

En 1783 pasó á mejor vida otro Jesuita de la Provincia, el P. Juan Francisco López, de grande nombre en ella y aun en Europa, especialmente en Roma el tiempo que fué Procurador general antes de la expulsion, y donde consiguió de la Santa Sede la declaracion del patronato universal de la Santísima Virgen de Guadalupe, sobre la América septentrional, que se habia jurado solemnemente el día 4 de Diciembre de 1746, y otras nuevas gracias y privilegios á su Santuario y Colegiata, cuyos pormenores han quedado referidos en nuestro capítulo V, tomo primero. Este ilustre sacerdote fué natural de Guarena en Caracas, donde vió la luz primera el 5 de Abril de 1699: concluidos sus primeros estudios entró en la Compañía de Jesus en 12 de Noviembre de 1715 y enseñó las letras humanas en San Luis Potosí y en Veracruz, la filosofía en Zacatecas y en México, y en esta misma ciudad y en la Universidad de Mérida de Yucatan la teología: fué operario muy laborioso de la Casa Profesa, y allí desempeñó con sumo aplauso la prefectura de la doctrina cristiana, á cuya explicacion en esa época acudia lo más granado de la ciudad: entre sus discípulos tuvo la gloria de contar al célebre canónigo de la Catedral de México el Dr. Don Cayetano Torres, hombre sapientísimo y á quien principalmente debe su Biblioteca públi-



ca la metropolitana. Lo más particular que se cuenta del P. López es que en medio de tantas ocupaciones como tuvo en su vida, ya en la enseñanza, ya en el gobierno de los colegios, ya en los ministerios del Instituto, y ya también en sus largos viajes por Europa, todavía le quedaba tiempo para la lectura, que hizo de toda clase de libros, sagrados y profanos, de historia, poesía y de cuantas materias caían en sus manos, y que auxiliado de su feliz memoria, daba razón de cualquier autor de que se hablaba, con tal exactitud que causaba admiración: siendo maestro en S. Ildefonso fué el primero que promovió con todas sus fuerzas el estudio de la lengua francesa en la Provincia, tanto como un ramo de erudición, cuanto para aprovecharse de los muchos y buenos escritos que hay en ese idioma. No es extraño que todo el tiempo que duró el P. López entre nosotros fuera consultor general para los más graves asuntos en los tribunales eclesiásticos y en los seculares, y que se tuviera como una pérdida muy grande su salida en la expulsión. Además fueron tantos los escritos que publicó así originales como traducidos, especialmente del italiano, que parece que jamás dejó de la mano la pluma: entre los primeros son muy notables los tres tomos de *Teología Dogmática* que presentó en Roma, habiéndole dado gracias el R. P. General, Luis Centurioni, por el servicio que con esa obra había hecho á la Iglesia. Otra de mucha importancia fué el *Manual de Párrocos*; ajustado al Ritual Romano dispuesto por Miguel Venegas, é ilustrado con muchas adiciones y notas, para cuya recomendación basta advertir que pareció tan bien á los Padres del Concilio IV mexicano, tan adversos, como es público, á los Jesuitas, que mandaron que este y no otro usasen todos los párrocos de la Nueva España, como en efecto hasta el día lo usan y del que han hecho varias reimpressiones. Siendo rector de los colegios no solamente cuidaba del adelantamiento en los estudios y de las religiosas costumbres de sus moradores, sino de todo lo que podía contribuir al embellecimiento de la fábrica y á las comodidades de los maestros y alumnos, como lo hizo en el Colegio Máximo de S. Pedro y S. Pablo de México y en el del Espíritu Santo de Puebla. En esta ciudad estaba cuando se publicó el decreto de expulsión, y de allí partió con todos sus hermanos, sufriendo con gran virtud y tranquilidad todos los trabajos de tan áspera caminata hasta llegar á Italia. En Bolonia fué rector de las casas del Tusculano y del Hércules, y pasado ya de los sesenta años, fué mandado á Ferrara en razón á su quebrantada salud. Allí recibió el Breve de supresión de su Orden con una obediencia edificante: permaneció muy apreciado de los sábios Jesuitas españoles de la provincia de Aragon, que moraban en dicha ciudad, y de su Illmo. Arzobispo el Cardenal Mattei, que se dignó visitarlo en su última enfermedad, y alcanzó casi los ochenta y cuatro años de edad, concluyendo su laboriosa y ejem-

plar vida el 6 de Enero del año ya citado. Fué sepultado en la iglesia parroquial de Santa Francisca Romana.

En el mismo año falleció á 29 de Julio, el Jesuita español P. José Urbiola, de no menor celebridad en la Provincia. Nació en Peralta, ciudad de Vizcaya á 8 de Mayo de 1714: tomó la sotana de la Compañía á 4 de Mayo de 1735, y en 1746 fué destinado á México y ordenado de sacerdote. En su navegación fué hecho prisionero por los ingleses que actualmente tenían guerra con España, y llevándolo á Jamaica padeció allí mucho por algunos meses, especialmente por la temperatura tan ardiende de esa Isla, al que no estaba acostumbrado: puesto en libertad pasó á la Habana, donde fué destinado á enseñar gramática en el Colegio de los Jesuitas, empleo que desempeñó cumplidamente por algunos años. Pero el que lo ocupó lo restante de su vida, hasta la supresión de la Orden, y en que se granjeó gran renombre por su caridad, prudencia y observancia de su Instituto, fué el de superior de diversos colegios de la Provincia, Fué fuadador y rector por algunos años, del de Puerto-Príncipe y á sus afanes se debió la permanencia de ese establecimiento, que por falta de fondos estuvo en peligro de cerrarse. Pasó en seguida con el mismo cargo al de la Habana, donde prestó grandes servicios á la población cuando fué ocupada por los ingleses, y posteriormente al de Veracruz, durante cuyo gobierno tranquilizó la discordia ruidosa suscitada en Córdoba entre varias familias principales, ya referida en otra parte. De aquel puerto fué llevado al noviciado de Tepoztlan, donde fué utilísima su presencia en la dirección de los jóvenes novicios, conteniendo el fervoroso aunque indiscreto ejercicio de ciertas penitencias corporales que allí se había introducido, y frecuentemente los inutilizaba despues para los ministerios propios de la Compañía. De allí salió en 1767, cuando la expulsión, llevando consigo á varios de aquellos novicios que quisieron caminar al destierro, sirviendo á todos ellos de vigilante y fiel guía, á unos hasta Veracruz, y á los ocho restantes de que hemos hecho mención, que continuaron su camino hasta Italia, prestándoles los cuidados por mar y tierra de la más amorosa y tierna madre. Llegado á Bolonia con su amado rebaño, se fijó en Castel Budrio, siendo superior de todos los jóvenes estudiantes, y de los que habían ido en su compañía hasta concluir el bienio del noviciado: en aquella casa estableció tal observancia y sistemó los estudios con tanto acierto y dedicación, cual si los tiempos no hubieran sido tan aciagos para la Provincia. Suprimida la Compañía, retirado de todo cargo, siempre en la soledad sin más ocupación que prevenirse para la muerte, y practicando todas las virtudes, especialmente la paciencia en sufrir por espacio de diez años las enfermedades más molestas y dolorosas, pasó al eterno descanso, como piadosamente puede creerse, en la fe-